

QUINTAESENCIA DE LO ACONTECIDO

LOS ONCE

Pierre Michon

Trad. de María Teresa Gallego.

Anagrama, Barcelona, 2010, 142 págs.

ABADES

Pierre Michon

Trad. de Nicolás Valencia.

Alfania, Barcelona, 2010, 68 págs.



Saint-Michel

La historia es un relato convencional que, como en un cedazo, criba solo lo que considera acontecimientos relevantes. No obstante, algunos de los hechos descartados pueden quintaesenciar (cualificar) la lógica de lo acontecido. Pierre Michon suele recurrir a esa infra-historia para armar sus narraciones. El resultado es una insólita (posible) versión donde realidad y ficción se confunden. Así ocurre –sin pertenecer, *stricto sensu*, a la novela denominada histórica– en sus dos obras que acaban de ser editadas: *Abades* y *Los Once*. La primera de ellas fue publicada en 2002 por Verdier junto con *El señor del bosque*, texto que, segregado del libro original, incluyó Anagrama en *Señores y sirvientes*.

En *Abades*, Michon recrea los orígenes de las abadías de Saint-Michel y Saint-Pierre de Maillezais a partir de las crónicas medievales de Pierre de Maillezais y Ademar de Chabannes. No importa tanto la precisión histórica, sino lo que se intuye de los hechos y cómo se narran, pues según se sentencia al final del libro, “cuán mudables y próximos a lo incierto son todas las cosas”. En los tres episodios de *Abades* se manifiesta la íntima comunión entre el hombre (cultura, dimensión social, historicidad) y la

naturaleza, entre emociones (remordimiento, celos, fervor religioso, deseo, ambición, venganza, decepción...) y medio ambiente (marismas, bosques, fauna...): una contenida épica de la vida. La narración fluye armónicamente, con intensidad lírica (lo que atenúa ciertas secuencias de violencia pasional o deslizamientos perversos), bien nutrida de lenguaje conciso, muy sugerente a nivel visual e incluso táctil (sentimos la humedad de los manglares, la luminosidad de los rayos de sol filtrándose a través de la arborescencia del bosque, el olor macedado del humus de la hojarasca, el viento gélido, la niebla envolvente...). Si a todo ellos añadimos la brevedad de los textos, su significación condensada, da como resultado una fórmula literaria de excelente calidad. Fórmula que –en otros relatos engalanada con referencias estéticas de egregios pintores– caracteriza el singular estilo de Michon y que le

ha valido los más encendidos elogios.

Los Once es la última obra escrita por Michon, galardonada con el Premio de Novela de la Academia Francesa. La narración se sitúa en la época del Terror durante la Revolución Francesa (¿por qué denominarán Terror a ese episodio histórico si sus quince mil víctimas en más dos años fueron inferiores a los treinta y cinco mil ejecutados por Thiers, tan solo en tres días, tras el fracaso de la Comuna de París?). En *Los Once*, varios miembros del Comité de Salud Pública (Bourdon, Prol y Collot d'Herbois), una noche del nivoso durante el año II, en la sección de Les Gravilliers, sita en la desconsagrada iglesia de Saint-Nicolas-des-Champs, encargan al pintor François-Élies Corentin, conocido como el “Tiépolo del Terror”, un lienzo en el que deben figurar los once miembros de dicho comité. Una de las condiciones del encargo es que ensalce las figuras de

Robespierre, Sain-Just y Couthon, mientras que el resto de los componentes del directorio aparezcan sutilmente subordinados. Es una proposición ponzoñosa: si el núcleo duro del Comité de Salud Pública, formado por el grupo afín a Robespierre, triunfa en sus luchas intestinas por el poder, el lienzo celebrará la grandeza de esos prohombres. Si fracasan y la Revolución les devora, el cuadro serviría como prueba de cargo que demostraría su ambición y soberbia. Michon argumenta que esa anécdota histórica está referenciada por Jules Michelet en su Historia de la Revolución Francesa. Asimismo, asegura que el lienzo se expone en el Museo del Louvre. Sin embargo, tanto el pintor como el cuadro son una invención.

Los Once está narrado en tercera persona, voz que evoca a los cuentistas ambulantes de antaño, con incisos que aluden a un “caballero” (o a un imaginario lector), como si la historia contada fuese una confidencia. En conjunto, la trama de *Los Once* es ambiciosa, com-

pleja y efectiva en tanto que confunde la ficción con la realidad. De nuevo: “cuán mudables y próximos a lo incierto son todas las cosas”. En esta *nouvelle*, Michon repite la fórmula de su estilo con menos fortuna que en otras ocasiones, pues, aunque sigue utilizando un depurado lenguaje (preciso, sucinto, poético) y una sugerente estructura literaria, a veces se advierte que el texto está “recalentado” o que lo ha “engordado” a propósito para que no resultase un relato corto como es habitual en él. Asimismo, hay secuencias en que su característico y acendrado lirismo se desborda en retórica solemne o digresiones confusas e innecesarias. También se advierte una desproporción entre las abundantes alusiones genealógicas del pintor (con paralelismos a la propia biografía de Michon) y la escasa atención al contexto histórico en el que a Corentin le encargan el lienzo en cuestión. Únicamente existe en el relato una discreta crítica a las quimeras propias de toda revolución, sugiriendo que una cosa son las ideas y

otra las pasiones que embargan a aquellos que agitan esas ideas. Lo humano –la debilidad de carácter, el instinto infame, su proclividad hacia la abyección– siempre acaba prevaleciendo sobre la pureza de las ideologías revolucionarias. No es que Michon, ahora, reniegue de sus antiguas ideas de izquierda, sino que muestra la intemporalidad de las flaquezas y derrotas propias del ser humano.

Más allá de todos los elogios, premio incluido, que ha recibido *Los Once*, creo que esta obra está sobrevalorada, adolece de fallos estructurales y agota un ciclo narrativo. Prueba de ello es que Michon hacía siete años que no publicaba nada y que *Los Once* es la recuperación de un proyecto empantanado desde hacía diecisiete años. Michon –es de suponer que él lo sabe– ya no puede volver a utilizar su fórmula sin repetirse y parodiarse a sí mismo. Esperemos que así sea.

Alberto Hernando